



APUNTES BIOGRAFICOS

— DEL —

Excmo. é Ilmo. Sr. Dr.

Fray Jacinto Martínez y Saez

DIGNISIMO OBISPO QUE FUE DE LA DIOCESIS
DE LA HABANA

A sus admiradores y reconocidos diocesanos



HABANA

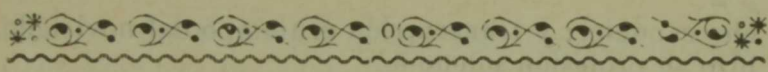
IMP. "EL PILAR," MONTE 340

1909

H
587

M 1644
R 1588

BH
1587



El Excelentísimo é Illmo. Sr. Dr. Fr. Jacinto María Martínez y Saez, Ex-Obispo de la Habana, falleció en Roma en una humilde celda de su convento de Capuchinos el 31 de Octubre de 1873 á la edad de 61 años.

Nació este Prelado, por tantos títulos ilustre, el 10 de Septiembre de 1812 en Peñacerrada, población importante de la provincia de Alava. Desde sus primeros años dió prueba de poseer memoria feliz, talento muy claro y grande afición al estudio. Sus padres, honrados labradores, favoreciéndo su decidida inclinación á la Carrera eclesiástica, determinaron que estudiase Latin en el mismo Peñacerrada, donde muy en breve aventajó á todos sus condiscípulos. Hizo tan notables adelantos en esta tan rica y difícil Lengua, que á la edad de doce años comenzó á estudiar Filosofia en Salamanca y poco después se trasladó á Madrid donde continuó este estudio, siempre con gran aprovechamiento.

En 1828 á la edad de 16 años tomó el hábito de religioso en el convento de Capuchinos de Toledo, en el cual estudió Teología, Sagrada Escritura y Dere-

R. 19465

cho canónico; y transcurrido el tiempo del noviciado, hizo su profesión solemne.

El día de San José, 19 de Marzo de 1836 fué ordenado de sacerdote por el Sr. Bonel y Orbe, á la sazón Obispo de Córdoba, y más tarde Arzobispo de Toledo y Cardenal de la Santa Iglesia Romana.

Al suprimirse las Orden~~es~~as religiosas, viéndose muy á pesar suyo, fuera del claustro, con el fin de no separarse de lo que de él exigía su vocación, se consagró casi exclusivamente al ministerio, tan árduo entonces y tan lleno de peligros, del confesionario y del púlpito. Su elocuencia tan brillante y tan persuasiva, no pudo menos de llamar hacia él la atención pública; y sus convicciones siempre tan profundas, tan firmes y decididas, le compelián á plantear sin temor ni vacilación, y resolver con toda la entereza de su inquebrantable carácter las más graves y espinosas cuestiones que en aquella tan agitada época se suscitaban. Excitadas contra él; con este motivo las pasiones políticas, huyendo de la persecución que sufría, en 1838 se vió obligado á pasar la frontera y buscar refugio en Francia.

Al poner el pié en la nación vecina, se encontró sin recursos propios, con los cuales se pudiera sostener, sin recomendaciones que le allanasen el camino ó le abriesen las puertas; y hasta sin conocer la Lengua, para poderse dar á entender. En estas circunstancias, que tan afflictivas eran, el Padre Martínez, en cuya grande alma jamás entraron la desconfianza y la desesperación, en vez de amilanarse como otros tantos se han amilanado en su caso, alentado por las mismas dificultades que encontraba, concibió la idea de estudiar el Francés y habilitarse para ejercer su santo ministerio en Francia.

Para él concebir una idea era adoptar una resolución; y adoptar una resolución era empezar á luchar contra toda clase de obstáculos para llevarla á cabo. Así es que trabajó tan asiduamente y con tanto empe-

ño que antes de cinco meses, con admiración y hasta con asombro de cuantos le conocían, vencidas todas las dificultades del idioma, pudo contribuir con fruto al desempeño de una Parroquia. De esta manera logró vivir en la emigración, no de limosna, como muchos compañeros suyos, sino del trabajo de sus manos y de su inteligencia como el apóstol San Pablo.

Permaneció en Francia hasta el 1843. año en el cual movido por su celo y ya bastante instruido en las letras humanas y ciencias eclesiásticas, emprendió su primer viaje á América, donde estuvo trabajando sin descanso, como misionero en México y como Cura Parroco en la Isla de Cuba hasta fines de 1857.

Vuelto á España el año 1858. recibió el grado de Doctor en Teología y desempeñó el cargo de catedrático de Derecho Canónico en el Seminario conciliar de Toledo. En 1860 dejó esta cátedra y fué por vez primera á Roma, para explicar Teología en un convento de su orden.

Conocidas bien pronto en Roma sus grandes dotes de inteligencia y carácter, poco después en 1863 fué designado por el Sumo Pontífice Pio IX para que en calidad de Secretario, acompañase á Monseñor Sala de Osiero, Arzobispo de Cartagena en su misión á las Islas Orientales. Durante esta misión, que duró dos años recorrió gran parte de la India, de la China y de Japón, observando siempre y estudiando bien las costumbres tanto religiosas como políticas y sociales de aquellas tan apartadas regiones.

Terminada su misión, al volver á la Ciudad Eterna, tuvo la satisfacción de saber que la Santa Sede no solo aprobaba su conducta, sino que además quedaba muy complacida de la memoria que le había remitido acerca de las muchas y arduas cuestiones, cuyo exámen se le había confiado.

No obstante sus méritos, que tantos y tan grandes eran, había llegado á la edad de 58 años, sin la-

ber recibido, ni solicitado, ni pensado siquiera recibir recompensa de ningún género.

La idea de obtener ascenso ni siquiera había cruzado por su mente; por el contrario había vivido y tenía el propósito de morir trabajando cuanto pudiese en beneficio de la Iglesia; pero como hombre de obediencia y sin ser más que un humilde hijo de San Francisco.

Sin embargo el Gobierno Español que ya había fijado su vista en un Sacerdote de tanta actividad y tan lleno de ciencia, al tener noticia del excelente resultado de su misión á Oriente, le eligió para que ocupase la silla episcopal de la Habana. Esta elección que por los muchos merecimientos del electo había sido aceptada en Roma sin dificultad y con júbilo, fué confirmada sin la menor dilación por su Santidad en el Consistorio de 27 de Marzo de 1865. La consagración tuvo lugar en Madrid en la Real Capilla del día 11 de Junio del mismo año.

El Obispo de la Habana tenía dos grandes cruces, la de Isabel la Católica, que obtuvo en 1868 y la de Ntra. Sra. de Guadalupe en México, que le fué concedida en 1866 por el Emperador Maximiliano. Además en 1871 fué elegido Senador del Reino.

El Obispo de la Habana, que había pasado gran parte de su vida como un misionero, ó mejor dicho, cual un apóstol, viajando y estudiando había adquirido una erudición grandísima en las ciencias eclesiásticas. Estaba muy familiarizado con las ciencias naturales y poseía no pocas lenguas vivas y muertas. Entendía bien el Inglés; hablaba con facilidad el Francés y el Italiano; escribía con pureza y elegancia el latín; traducía el Griego y el Hebreo, y tenía nociones no vulgares del Vasconce, de varios dialectos americanos y de algunos de los principales idiomas que se hablan en Oriente.

Era orador notable, y, lo que no suele ser común, escribía al propio tiempo con suma facilidad y

bastante corrección. Ha predicado mucho; pero sus sermones, propios del misionero, se han distinguido siempre más por la abundancia de doctrina y la claridad y sencillez del lenguaje que por lo artificioso del método y la sublimidad del estilo.

Predicaba como hablaba, sin afectación ninguna, cuidando mucho del fondo y nada ó casi nada de la forma. Antes de subir al púlpito meditaba mucho en lo que había de decir, y muy poco, si es que meditaba algo, en el modo de decirlo: esto en él era un sistema. Procedía así, no porque desconociese las reglas del arte, ó no supiese aplicarlas, sino porque creía que no debía de renunciar nunca á la oratoria del Cura Parroco ó del polemista.

Jamás pensó en componer un panegírico con la magestuosa elocuencia ^{de} Bossuet ^{de} ó Bossuet; así es que entre todos sus discursos no hay uno ni siquiera uno que pueda considerarse como lo que hoy se llama sermón de empeño. Sus mejores discursos no eran los de las fiestas más solemnes; por el contrario, como su elocuencia no era artificial, sino expotánea, cuando menos preparación se le suponía era cuando mejor predicaba. En prueba de esto podemos citar dos sermones, predicado uno en Zaragoza en 1872 durante las solemnísimas fiestas del Pilar, y otro en Madrid en 1873 ante la Academia Española durante las honras fúnebres de Cervantes. Estos dos discursos, que están impresos, son de gran mérito, porque un orador tan erudito y de tanta elocuencia, no podía ni sabía predicar mal. ¡Qué diferencia entre estos sermones y muchos, muchísimos predicados en ocasiones menos solemnes y ante auditorios menos brillantes!

Para juzgar al Obispo de la Habana como orador, se necesita haberlo oído, no en una gran fiesta, ni en una catedral, sino en un sermón de cuaresma, en una Parroquia, en una plática hecha para gente sencilla, ó en un discurso de polémica improvisado y teniendo al adversario ó á los secuaces del adversario delante,

y sobre todo en una exhortación dirigida en secreto al Clero. En este último caso, y principalmente si la exhortación se refería á puntos que fuesen objeto de las reformas que intentaba, se le encendía el rostro, sus ojos brillaban como estrellas, se transportaba, si podemos así decirlo, y conmovía y aterraba, como se concibe que conmoviese y aterrara Moisés al descender del Sinai.

Como escritor, el Obispo de la Habana ha conquistado y conserva un nombre, del cual no le privará el tiempo. Sus escritos por la mucha y muy escogida erudición que contienen, y por la importancia de las materias que en ellos se tratan, serán siempre consultados por los que deseen conocer la historia religiosa literaria de España al comenzar la segunda mitad del siglo XIX.

Las principales obras de este tan ilustre escritor son: 1. ^o La Virgen Maria en sus relaciones con Dios, con los Angeles y con los hombres, tres tomos Madrid 1878.—2. ^o Pio IX y la Italia de un dia, un tomo, Vitoria.—3. ^o La Asunción de la Virgen, opúsculo escrito en latin y presentado al Sumo Pontífice y al Concilio Vaticano en 1870.—4. ^o Veladas católicas, un tomo Madrid 1873.—5. ^o La edad media comparada con los tiempos modernos en orden á la ilustración y á la política Madrid 1873.

Como hombre de grande iniciativa y grandes conocimientos arquitectónicos, á él se le debe la construcción de las iglesias del Santo Angel y Jesús del Monte en la Habana, la de San Pedro de Versailles en Matanzas, la de Banoa, la de Trinidad, las dos torres de la Iglesia de San Carlos en Matanzas y el Cementerio de Colón, que tanto honra á la ciudad de la Habana; debiendo advertir que la escritura de la venta del terreno donde este se halla fué otorgada á su nombre.

Como humanitario, dicen los que tuvieron la alta honra de conocerle y tratarle que donde él com-

prendia ó sabía que había alguna necesidad apremiante allí se presentaba para remediarla, y como prueba de esto, citaremos dos casos bastante importantes. Uno de ellos fue el siguiente: cuando en 1850 se apareció el cólera en la Habana, se estableció el hospital de coléricos en la calle de Escobar esquina á Zanja, él fué nombrado capellán de dicho hospital. Allí se conquistó la admiración popular por su valor y por el cariño con que consolaba á los coléricos. Y habiendo sido atacados del cólera el médico y el practicante, se quedó solo con un estudiante de medicina: el número de los atacados era extraordinario y el de muertos, espantoso. Pero la admirable conducta del Capellán infundió á todos valor y desapareció el terror que se había apoderado de todo el personal administrativo. El otro fué la espontanea y generosa caridad que practicó con varios sacerdotes, los cuales, por estar comprometidos en la causa política, fueron presos en los castillos del Morro y la Cabaña: y no solo los sacó de esas fortalezas, llevándolos al Seminario, si que también al ser destinados á España, les socorrió de su peculio particular. Y al tener conocimiento de que varios padres de familia iban á ser desterrados á Fernando Po, él interpuso su poder con el Capitan General, para que, si merecían castigo, en vez de llevarlos á esta posesión tan mortífera, fueran confinados á otras posesiones Españolas mas saludables. ¿Y cual fué el premio de tan noble y caritativo proceder?— La persecución, la calumnia y el destierro; pues por defender los derechos de la Iglesia, en el mes de Octubre del año 1869 fué mandado á España bajo partida de registro por el Capitan General Caballero de Rodas. Y al desembarcar en Cádiz, registrado todo su equipage y apoderándose de todos sus documentos por orden de la Autoridad Superior fué conducido á Madrid, donde estuvo preso é incomunicado en el convento de San Antón hasta que, esclarecida la verdad y probada su inocencia, fué puesto en libertad.

Libre ya de tanta persecución, se dirigió á Roma, para asistir al Concilio Vaticano, donde hizo uso de la palabra en varias sesiones, distinguiéndose ya por sus profundos conocimientos teológicos, ya por su elocuencia Ciceroniana y ya por la eficacia de su poderoso raciocinio.

Suspendido el Concilio, regresó á su Diócesis por la vía de los Estados Unidos; pero no pudo desembarcar, porque enterados sus enemigos de su venida, sublevaron á los voluntarios, diciéndoles que era anti-español y que había bendecido en Nueva York una bandera Cubana; y aconsejado de que no debía desembarcar, por temor á que un vil asesino, vendido al cro de sus enemigos, le quitaría la vida, con gran sentimiento de sus buenos y fieles diocesanos, regresó en el mismo vapor á los Estados Unidos; dirigiéndose desde allí á España, para tomar posesión del cargo de Senador, elegido por la provincia de Alava.

Al tomar posesión de tan alto cargo, pronunció un elocuente discurso, hablando sobre el juramento de la constitución por el clero; y cerradas las Cortes, se dirigió por última vez á Roma, para darle cuenta al Sumo Pontífice Pio IX de los contratiempos que había tenido al llegar á la Habana; y á los ocho días de llegar á la Ciudad Eterna entregó su alma al Creador, para recibir el premio de tantos trabajos, de tantas persecuciones y de las terribles calumnias de que había sido víctima en su accidentada vida de misionero, de Párroco y de Obispo, Amó la justicia, aborreció la iniquidad y por eso murió en el destierro.

S. B.

Habana 3 de Enero de 1909,



